



Núm. 5.

Flirt

30 cts.

Dibujo de Ochoa

ACTUALIDAD GALANTE COSMOPOLITA

EL CORAZÓN TIENE RAZONES... —¡Tenía una voz de violoncello!...

La seducida, en plena ceremonia judicial por adulterio, pronunció esas palabras, dignas en verdad de otro escenario que la sala de los magistrados. Era ella una mujercita de fama envidiable, hasta que se descubrió su desliz con un amante que consiguió arrancarla del hogar. Bonita, con una belleza delicada y tenue, como las perlas, como la muselina de seda, como las rosas blancas; tierna, dulce y cultivada, inspiraba amistades perfumadas de amor disimulado. En el comienzo de su otoño hallábase, y tal circunstancia venía a completar el encanto de equilibrio y comprensión que constituía el privilegio de aquella impecable.

De ahí que escandalizara más la caída de la siempre prudente, casta y pura. Y había ido a caer en brazos de un tipo raro, envejecido prematuramente, triste, con las sienes grises, pobre, sin brillantez ninguna. Los gentlemen del casino no se explicaban la victoria del desdichado triunfador. Tampoco el público femenino, que se deslumbra con los uniformes. Naturalmente, el juez competía en criterio y en compasiva afectuosidad con los casinistas y con las damiselas. Y fué en el instante en que confluyeron entrambas inquietudes, cuando preguntó a la adúltera cómo se dejó vencer por un personaje casi grotesco a los ojos de la buena sociedad.

La acusada se limitó a responder, entornando

los párpados como en el concierto se hace para oír mejor:

—¡Tenía una voz de violoncello!...

Permítase al cronista que llame vuestra atención sobre el suspiro de la adorable infeliz. Su frase marca el límite de una época nueva, y el que separa la fémina en dos grandes grupos: el de las ingenuas y el de las más ingenuas. Tradicionalmente, Eva se rinde a la sutileza sinuosa y falaz, desde la serpiente paradisiaca. El seductor clásico es como el violín, petulante, ardiente con jactancia de su fogosidad, malabarista del sonido, complicado, mefistofélico. Las muchachitas le oyen extasiadas y se entregan sin resistencia. A través de la Historia no cesó de repetirse la misma trampa con su falso diabolismo. Y he aquí de pronto a la adúltera, que se justifica con la voz de violoncello de su amante. Voz de violoncello, es decir, profunda, razonadora, conmovedora, humana, opaca y de oro, voz de corazón que se ahoga. ¿Es que ya las mujeres adquirieron el sentido que les faltaba, o sea el de la penetración moral y sentimental con nosotros? ¿Son ya nuestras iguales y no el ídolo o la esclava? Lo que no dejarán de ser es ingenuas. Porque si candor hay en deslumbrarse con un hombre que se dice seductor, candor existe en abandonarse al que se declara seducido.

Federico García Lanchiz



—¡Ah... jóvenes, jóvenes! ¡Cómo os envidio: pero mi mujer es demasiado celosa...



—¿Te atreves a recibir a estos señores con ese pijama?
—¡Qué disparate, mamá! Pienso quitármelo.

(De LE RIRE.-París.)

Mi querida «Tanagra»: Te prometí tenerte al corriente de mis aventuras en esta vieja ciudad castellana. Me aburro bastante con tanta música de campanas parroquiales. Echo de menos las noches del *cabaret* y las emociones del *bacarrat*, pero mi nuevo señor me exige que renuncie a todas las locuras. Aquí he dejado de ser *La señorita Cascabel* para trocarme en la viuda de Mendoza, dama piadosa y honesta, de una noble familia cubana. El me exige que olvide mis escotes exagerados, como un avaro que no quiere enseñar a nadie su tesoro. Vivo en un palacio con escudo en el portón; una vieja sorda y un mayordomo con aire de sacristán forman mi servidumbre. El, me visita todas las tardes al atardecido, acompañado de su secretario, aquel joven con anteojos, de quien tanto te burlabas aquella noche de Maxim's. Aquí están muy formalitos. Me tratan muy respetuosamente delante de las personas graves. Me obliga a hacer una vida de beaterio que va muy mal con mi carácter. Me consuelan un poco las tres mil pesetas que su secretario me trae el primero de cada mes. Puedo considerarme como un canónigo privilegiado de esta santísima diócesis.

El, en la intimidad, no deja de ser interesante. Por la noche, cuando toda la ciudad duerme, viene a mi casa disfrazado. También algunas tardes pierde su ecuanimidad nobiliaria. El secretario es fiel alabardero de nuestro amor, en la antecámara. Si viene algún importuno, entra a advertirnos.

Como recordarás, Su Excelencia es aun bastante joven. Posee la violencia de pasión de los hombres que han llegado a los cuarenta años con pocas aventuras. Podríamos decir que está casi intacto. Es encantador ver sus manos pálidas y señoriales, que lucen el anillo ancestral, jugando, trémulas, con los encajes de mi camisa. Su amatista brilla, como una pupila burlona, cuando Su Excelencia acaricia, con ternuras de colegial, mis dos pechos erguidos, que eran mi orgullo cuando trepidaban en la rumba en aquellas inolvidables *soirées fémina*.

Mi busto es el encanto del señor Marqués. Sabe acariciar. Tiene el sentido de ese arte exquisito. Sus dedos adquieren una sensibilidad hiperestesiada en la fragili-

dad de mi cintura y en la pompa de mis caderas. El desnudo le transfigura y si bien pierde su elegante composición de abate, adquiere una magnífica brutalidad de tigre. A cada zarpazo, yo me río como una loca...

El me besa, me macera, se bebe la sangre que sus mordeduras hacen salpicar en mis labios. Sin duda ha leído al Marqués de Sade y también a Sacher Masoch, cuando quiere libar todos los líquenes venusinos en la propia taza de Afrodita. Es un amante frecuente como un muchacho.

Nadie lo supone después, viéndole atravesar las viejas calles con su solemne levita de día grande.

Sus ojeras violeta, las reliquias de nuestras locuras, armonizan muy bien con las amatistas de sus sortijas. Ya han desaparecido mis escrúpulos de antigua e ingenua religiosidad. Ahora experimento una rara y femenina satisfacción de triunfo cuando siento la caricia de su mano, trémula de emoción, entre los encajes de mis ropas íntimas. Siento el poder satánico de mis encantos de mujer. Y al mismo tiempo, el placer misterioso, tremendo y exquisito de violar todos los prejuicios.

Hay, en este episodio de mi vida, algo de tenebroso, de hipócrita, que debo confesarte que me encanta.

Aspiro el pecado como un perfume delicioso.

Esta farsa de dama honesta, que es por la noche barragana de personaje, me agrada bastante. Nos estamos burlando lindamente de toda esta gente tan grave, tan honesta y tan aburrida. El, hipócrita a la fuerza, siente también esta voluptuosidad.

Cada beso que nos damos restalla en las narices de toda la ciudad, como una sonrisa pagana.

Mientras no me guste alguien más, pienso seguir mi comedia. Mañana hay una fiesta para los pobres. Yo he donado mil pesetas... que me las ha abonado él, naturalmente.

El periodiquillo de aquí lo refiere y ensalza mis virtudes de honesta y piadosa dama. Te aseguro que algunas veces me río como cuando era la señorita Cascabel.

Siempre tuya.

Por la indiscreción:

Emilio Carrere



Dibujo de PERALES

LA CARBONERA

Hasta la paz del claustro ha sido turbada por la muerte, escandalosa y terrible, de la Carbonera... Llamábanla así por el color de sus cabellos, de sus cejas y de sus ojos: un negro metálico de antracita. Por lo demás, era blanca como la nieve. Dígoles porque sin querer (bien conoce Dios mi profundo desvío de la carne) la vi en cierta ocasión toda entera, en su aspecto natural. Yo había ido al estudio de su marido, el egregio pintor Varona, que pintaba una María Magdalena para nuestro convento. La que más tarde había de imitar a la ramera bíblica, en todo menos en el arrepentirse, servía de modelo para aquel cuadro: ¿ironía? No. El arte es, como el fuego, un gran purificador.

Pues bien: Varona, para buscar en su biblioteca una historia de la arrepentida de Efeso, me dejó solo un instante en el estudio. Su esposa lo aprovechó para presentarse desnuda ante mí:

—¡Bendice mi belleza, padre!—exclamó.

Nunca he comprendido a San Antonio. No me sugestionaba la mujer. Y la Carbonera bien valía una Reina de Saba... Miréla de alto a bajo, de la frente de Medusa a los pies de Afrodita, deteniendo la mirada en cada uno de sus encantos—para despreciarlos en plena lucidez de conciencia—y le dije:

—Muéstrame tu alma. Si es blanca como su envoltura carnal, pondré sobre ella mis bendiciones, como besos de amor,

Señalando a la parte más oscura de su torso, me dijo con una sonrisa de diablesa:

—¡Mi alma está aquí!

Y yo repuse:

—¡Que ahí recibas el beso de azufre de Satán!

Era una mujer satánica. No obstante, tuvo una ráfaga de espanto y de atrición, en la que volvió a mí. ¡Inútilmente! Había matado a su marido, al noble, al genial Varona, arrancándole la ilusión más grande de su vida, y la más pura... Varona, en efecto, sentíase más orgulloso y feliz de ser padre, como cualquier hombre, que de su fama esplendorosa de artista. A los tres años de matrimonio su mujer le había dado un hijo: una criatura de singular belleza,

Desde entonces Varona no tuvo más amor que aquel hijo, en quien encontraba reproducidas y mejoradas sus facciones. El era feo, noblemente feo, con fealdad de pensador y de artista, como Descartes y Beethoven, y su hijo tenía la hermosura inteligente y radiante de los «bambini» de Rafael. Comenzó a pintarlo de Niño-Dios y de Cupido, prometiéndose reproducir, en cada una de sus edades, un símbolo inmortal. Era una idolatría estética que, en buena ortodoxia, no se podía censurar, pues Varona rendía en su hijo un culto al Hacedor Supremo.

Por mi parte, dudando profundamente de su paternidad, me congratulaba de su ceguera. Yo no podía acusar a su esposa, ignoraba los detalles de su vida,

pero, a partir de la escena licenciosa del estudio, tenía la por una Mesalina y una Medea. Creíala capaz de toda liviandad y de todo crimen. Parecíame exactamente una de las favoritas de Luzbel. (El vulgo ignora que Satanás posee un serrallo, de donde envía emisarias a la tierra para embrujar a los hombres y condenarlos. El vulgo no admite que haya, en realidad, mujeres diabólicas y cree que la mujer-vampiro es invención de un poeta. Pero en verdad os digo que el harem infernal existe y que yo he tenido algunas de sus odaliscas a mis pies.)

Un día, perversamente, cuando más exaltada era la pasión paternal de Varona, la esposa prorrumpió en grandes risas. ¡El hijo no era suyo! Estaba cansada de la comedia. El la había escogido entre mil con la esperanza de tener un hijo hermoso. Quería de ella la carne: el espíritu lo pondría él. Orgullo de artista, vanidad de genio para quien la mujer no era sino una tierra en que sembrar su estirpe. Ella lo había querido y admirado algún tiempo, deseando también aquel hijo de la belleza y del talento. Pero, al fin, se cansó. El la suponía estéril y la desdeñaba. Entonces escuchó a sus pretendientes y escogió al más robusto y hermoso para probarse a sí misma que sus entrañas eran las de una diosa. Y concibió aquel hijo admirable, y se lo dió por lástima, por caridad o por venganza... ¡No sabía porqué!... Ahora se lo quitaba porque no había sabido agradecersele; porque la había desdeñado después de su maternidad como un molde roto, como una palmera seca.

Entonces Varona se levantó y con santa humildad, le dijo:

—No podré sobrevivir al dolor que me das, pero te agradezco la felicidad que me diste. Me lo has robado todo: la fuerza de la vida, la ilusión...

No pudo hablar más. El dolor le había mordido como una serpiente venenosa.

Espantada de su crimen, ella, se echó a mis plantas:

—¡Esta es mi alma, padre Clarencio, mi alma negra! Perdón, perdón, perdón...

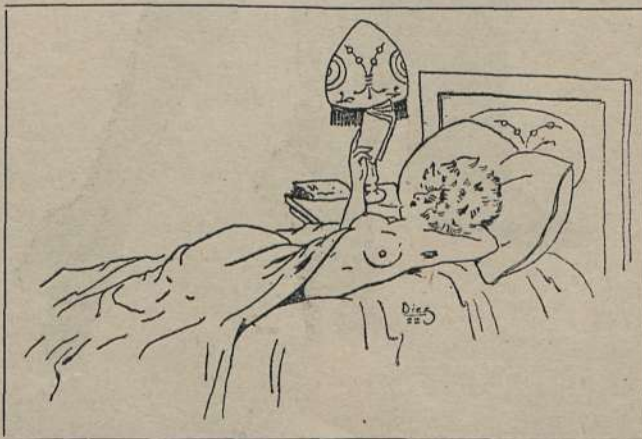
Supe la terrible historia. Vi, en toda su lóbreguez, aquel alma femenina.

Quise absolver y no pude... Algo heló en mis labios el bálsamo del perdón.

—No—le dije—, tu alma negra pertenece a Satán. De todos los pecados del mundo el mayor de todos es el que consiste en vaciar de los corazones humanos el elixir de la vida, que es la ilusión. Yo te perdonaría el engaño,

pero no el desengaño, el adulterio, pero no la venganza... No te perdono... Si haces penitencia, si practicas el ayuno y el cilicio y das pruebas de heroica virtud, llegaré a absolverte algún día... Pero ya verás como no vuelves a impetrar mi perdón.

No volví a verla. Supe de su vida por sus escándalos. Murió en una orgía, desnuda y devorada por el fuego, al que la había arrojado su último amante: un nieto del «Divino Marqués»...



(Leyendo).—«...Y la muchacha, al ver al sátiro arrojarle sobre ella, empezó a dar gritos pidiendo auxilio...» (Aparte.) Vamos, les digo a ustedes que hay mujeres capaces de todo.

Dibujo de Díez.

Alberto Insua

A UN JOVEN
TIMIDO, POR

VICENTE DIEZ DE TEJADA



Dibujo de FERRER SAMÁ.

Pollo de mi corazón:
he hecho en tí una observación
por procedimientos varios;
y es la de tu inclinación
a los juegos solitarios.

Mucho siento que te guste
lo que a otros mil de tu fuste.
¿Por qué del redil te apartas?
El solitario, aun en Yuste,
es tonto, hasta con las cartas.

Gusto es ese, ¡vive Dios!
perverso como ninguno.
¡Bas'ante mejor que los
monologuitos de uno
resulta un dúo, de dos!

Tú, al ver en una revista
el desnudo de una artista,
tiemb'as de cabeza a rabo,
y vas bajando la vista
mientras se te sube el pavo.

Tu juvenil corazón
galopa como un corcel;
te ves con gran turbación
y ocultas tu mano en el
bolsillo del pantalón.

Sientes ansias de marcharte
con la música a otra parte,
y turbado y conturbado
buscas, para más turbarte,
cualquier pasaje excusado.

Y, empujado por tu vicio,
siempre al deleite propicio,
esta vez, como otras veces,
de nuevo a Venus ofreces
un estéril sacrificio.

Y eso, ni es moral ni es sano;
y es muy triste que halles medio
de apagar tu ardor insano,
¡aplicándole el remedio
peor, que te venga a mano!

---Modera ¡oh joven! tu ardor.
Que mal vas si buscas malvas
por el camino peor.
¡Mira que es un gran dolor
gastar la pólvora en salvas!

Existe un divino ser,
que es la mujer: prototipo
de las fuentes del placer.
¡Y se vé cada mujer
por ahí, que quita el hipo!

¡Sus, y a ellas, camarada!
Tu adolescencia dorada
sin la mujer, ¿qué será?
¡Nada, amigo mío, nada!
¡Ni chicha, ni limoná!

Borra el sin, de tu ablativo,
¡oh joven contemplativo!
Pon rumbo a esa hermosa estrella
¡y muéstrate siempre activo
en, de, con, por.. y sobre ella!

Vicente Díez de Tejada



— Si me hace usted de perfil no se me verá más que un ojo.
— Sí, pero en cambio os sacaré dos barbillas.



EL PROFESOR DE BAILE

—¿Cuál es vuestro secreto, querido amigo, para hacernos dar vueltas tan hábilmente?
—Es muy sencillo. Antes de la guerra era traficante en toneles.

(De LE RIRE.-París.)

LA NUEVA PSICOLOGIA DEL AMOR, POR MANUEL LINARES RIVAS

LOS AMORES DEL AMOR

La antigüedad, la remota, no conoció más que la atracción carnal de los sexos. Vestían sin aliño, con la piel de otros animales: comían los manjares sin condimento y se amaban sin saborear la posesión.

El amor físico, complicado e imaginativo, verdaderamente sensual, en el que vale más el detalle previo y minucioso que la misma finalidad, necesitó del vicio, es decir, de la civilización, o mejor aún, de la decadencia de la civilización para brotar y extenderse, que es siempre en las grandes ciudades de los grandes Imperios, y en el instante en que están cercanos a desaparecer como elemento histórico preponderante cuando se desarrollan en todo su esplendor los dos signos finales de todas las civilizaciones, el lujo fastuoso y la culminación artística de las Bellas Artes, hermanas, amigas y compañeras de los grandes vicios.

Y del mismo modo que el amor sensual necesitó de las decadencias imperiales para formarse y propagarse, así el amor espiritual, el verdadero, necesitó de las Religiones austeras para nacer y vivir, idealizando los sentimientos a la par que idealizaban románticamente a la mujer.

El amor, pues, como producto cerebral injertado por las civilizaciones, ha tenido tres fases de relieve primordial y decisivo, lo que podríamos llamar las tres modalidades del amor en los grandes trazos del sentimiento en abstracto:

1.^a La divinización del vicio amoroso en la época de la corrupción de Bizancio, de la Roma de los Césares y más tarde en las Repúblicas y Señorías italianas.

2.^a El amor pagano, llamando así por antonomasia al de la Grecia clásica.

Y 3.^a El amor cristiano que con la influencia del espíritu caballeresco, creó el amor romántico.

Aunque llamé ya la atención repetidas veces advirtiéndolo que estas generalidades de lo que podíamos calificar el amor histórico no se refieren en cada época más que a un número relativamente pequeño de personas, fuerza es que insista en ello para recordar que antiguamente no existieron—para los efectos de lujo, de comodidades y de vicios—sino muy contadísimas ciudades, y que en cada ciudad—para los efectos de riqueza, de personalidad y de derecho a disfrutar de la vida—no existieron sino un exiguo número de privilegiados. Menos los



—¡Al fin has llegado! Mira cómo palpita mi corazón. ¿Tú no sientes nada?
—Sí, siento tu cartera.



—Es horroroso: en menos de seis semanas ha perdido a su madre, su hijo, su marido y su amante.

—Por fortuna el negro le va bien.

(De LE RIRE.-París.)

nobles, por ley de nobleza; los sacerdotes, por ley de casta y de respeto, y los soldados, porque se hacían ellos mismos una ley de su fuerza, los demás no tenían apenas personalidad jurídica, y algunos—los millares de esclavos—no tenían en absoluto personalidad de ninguna clase.

Por consecuencia, cuando refiriéndose a la antigüedad se habla de amor, como cuando se habla de cualquier lujo, de cualquiera satisfacción o de cualquier ventaja social, disfrutada con relativa tranquilidad, ya va sobreentendido que la alusión no corresponde a la Humanidad en conjunto, sino a la pequeñísima porción de los privilegiados. Los otros no existían como personas: eran semovientes nada más.

El amor sensual tuvo en Oriente su cuna. Bizancio, mientras se llamó así, y después cuando Constantino la dominó y sobre sus ruinas levantó la que aun hoy sigue llamándose Constantinopla, era campo abonado para el vicio, como toda Ciudad y todo Imperio a merced corrientemente del más audaz.

Era tiempo de revueltas. Se peleaba por la vida y por la fortuna: se peleaba por el amo y contra el amo: por los

ídolos y contra los ídolos. Dentro de la misma Religión se peleaba por las imágenes y contra las imágenes, persiguiéndose mutuamente los iconoclastas y los reverenciadores del culto prolijo en invocaciones. La rebeldía no se aquietaba nunca, que lo humano y lo divino eran semillas perennes de discordia, y en aquel tráfigo de emperadores, cuando el veneno y el hacha eran ejecutorias de sucesión, todo se prestaba a las ambiciones locas de gente no muy cuerda, y una reina, como Zoe, asesinaba a su esposo y ponía en el trono a su amante, y otra reina, como Teodora, pasaba de Emperatriz a monja y luego volvía de monja a Emperatriz, incluyéndola entre sus Santos la Iglesia Griega y borrando con sus virtudes y su prudencia el mal recuerdo de aquella otra Teodora, licenciosa y corrompida, que recibió en pago de sus escándalos el lecho nupcial de Justiniano y la diadema de Emperatriz.

Eran los tiempos de la Roma libertina, cuando un Cónsul dormitaba en Capua y otro triunviro se emborrachaba de vino y de amor en Africa: cuando los pretorianos cotizaban el solio imperial para el mejor postor, y apareciendo la raza de los monstruos coronados, con Nerón y Calígula, empezaba la era de los crímenes habituales, de las confiscaciones en masa y de la persecución en manadas, a unos por ricos, a otros por sospechosos, a otros porque lo pudieron ser, a unos por desafectos al Emperador y a otros por enemigos de los Dioses, y a todos por la razón suprema del capricho imperial.

Y después fueron los tiempos tumultuosos y levantiscos de las Repúblicas italianas, del Dux orgulloso y tirano, o del Mercader ensoberbecido con sus riquezas y su poderío, dispuestos a vender y a comprar todo, en una época en que todo se vendía públicamente, lográndose por dinero las esclavas en el mercado, los tronos con los ejércitos de bandidos a sueldo y los Papas en los venas Concilios.

Y en épocas así, cuando la vida se hace más intensa, precisamente porque se desprecia la vida, jugándosela a cada hora por propia voluntad o sabiendo que en cada hora peligrá por la ambición sin freno de los otros, que no sienten escrúpulo por matar o por morir, y cuando no hay respeto a nada ni consideración a nadie, esa falta de virtud cívica trae siempre aparejada la relajación de la virtud individual.

La vida es breve por el peligro constante. Habrá uno que aproveche los instantes para salvarse, pero habrá cien que aprovechen la vida para vivirla.

Y vivir, cuando no hay elevación espiritual, es gozar.

Y gozar, cuando los nervios se sobreexcitan, es salirse de las leyes naturales.

De ahí el vicio. Y de ahí el amor sensual en que se adora a las mujeres despreciando a la mujer...

Manuel Linares Rivas



MURMURACIÓN

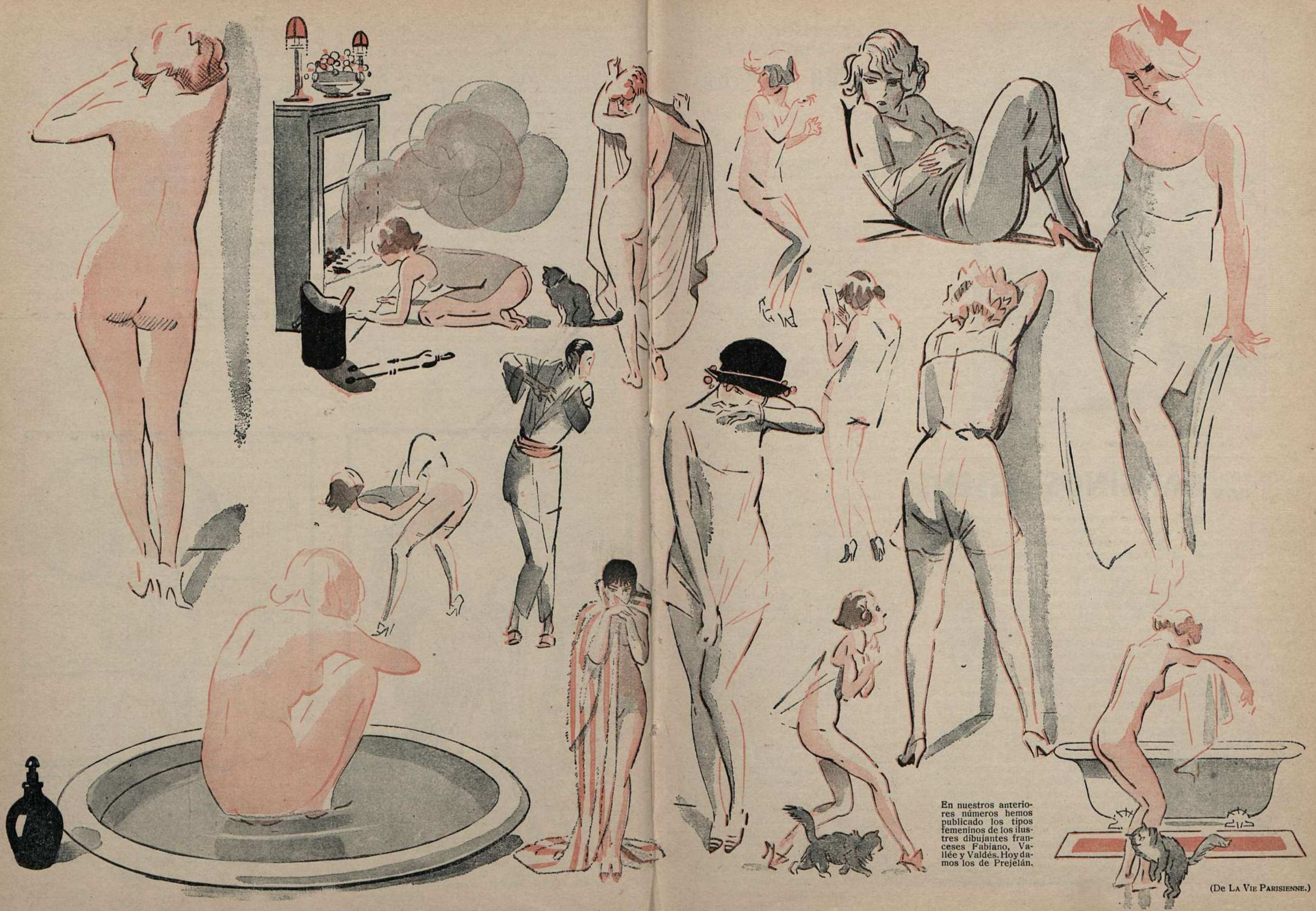
--Dicen que no sabe ni leer.
--Por eso, sin duda, la han dado la cartilla.

Dibujo de Tiro.



--Retírese, caballero, que aquí no puede desempeñar ningún papel.
--Perdone, señorita, el de papel secante...

Dibujo de Tiro.



En nuestros anteriores números hemos publicado los tipos femeninos de los ilustres dibujantes franceses Fabiano, Vallée y Valdés. Hoy damos los de Prejelan.

(De LA VIE PARISIENNE.)



---No sé si iré, señora, no sé si iré.
---Pero ¿por qué, Margot?
---Por no ir a su calle; me molesta mucho pasar por Zorrilla.

Dib. de GARCÍA CERVERO

AVENTURAS DE UNA CRIADA, POR ALVARO RETANA

MENEGILDA, CRIADA DE UN
PINTOR.

Al quedar despedida en el mes de Diciembre de 1891 de la última jaula de locos en que serví, la hija de la portera, que sentía por mí gran simpatía, me aconsejó que fuese a pretender a casa de un célebre pintor cuyo estudio se hallaba en el bulevar de Sagasta. Parecía ser que dicha artista necesitaba una sirvienta y la chica de la portera se brindó a acompañarme para recomendarme a la señora.

El pintor ocupaba los dos departamentos del último piso de la casa, puestos en comunicación por una puertecita interior; el de la derecha destinábalo al arte; el de la izquierda al hogar y le urgía una muchacha cuya obligación consistía en limpiar el estudio, estar al servicio de los discípulos para las necesidades de éstos en las horas de trabajo y abrir y cerrar la puerta del departamento de la derecha, tarea en verdad la más ingrata por las numerosas personas que a diario concurrían al estudio.

El pintor era un hombre de unos cuarenta y cinco años; estaba casado con una opulenta cubana que frisaría en la cuarentena y el matrimonio tenía un hijo de unos trece años llamado Carlos que era el chico más guapo de esa edad que yo he visto en mi vida.

Puestas la señora y yo de acuerdo sobre mi salario, quedé admitida desde el mismo momento de la presentación debido a los buenos informes con que mi amiga me favoreciera y empecé a prestar mis servicios confortada por la seguridad de que había entrado en una casa rica. En aquel sitio se respiraba lujo y confort y todas las visitas eran personas distinguidas. Eramos tres criadas y a las tres nos daban excelente alimentación; el trabajo era grande; pero la señora era la bondad misma y el señor no se metía en nada. En los dos departamentos reinaba un orden y una disciplina conventuales y hasta Carlitos, a pesar de sus pocos años, era un modelo de seriedad.

Todos los días, a las diez de la mañana, empezaban a venir los discípulos, colocaban sus caballetes cada uno en el sitio que el maestro les designaba y se entregaban a la copia del modelo con unción religiosa. La

LAS DOS AMIGUITAS, POR CANSINOS-ASSENS

Entre las sombras del crepúsculo presencié aquel idilio turbador. Iban las dos muchachas ceñidas una a otra por la cintura, y retozaban, dándose topaditas con las cabezas coronadas de rizos, atrayéndose y rechazándose, como si simulasen ya el idilio de los sexos contrarios, pero en una forma turbadora en la que cada una pudiese asumir, ilesas como eran todavía de toda herida, inmaturas y enrolladas, un valor equivalente y voluntario. Mutuamente se acometían y rechazaban; y se decían palabras de una ambigüedad terrible y nula, porque eran pronunciadas por labios inocentes y se prodigaban caricias que eran sólo intención y alegoría. Iguales como eran, cada una de ellas simulaba haber arrebatado su dardo al amor y las dos se amagaban con él inocentemente. Y una de ellas, la mayorcita, la más alta y morena, prevaleciéndose acaso de algo que sólo ella sabía, era la más audaz y quería suplantar decididamente al varón—acaso porque sentía más agudas sus rodillas y más lisos los muslos—. Y una vez, cosquilleando a la otra en las caderas, dijo algo que no se oyó, y a lo que contestó la amigueta: «No hay cuidado... ¡Si fueras un muchacho... todavía! Así dijo y acaso lo deseó en aquel instante... Acaso, engañada por una analogía imposible, deseó que la amigueta fuese en aquel momento un amigo para retozar con él más eficazmente. Aquella evocación directa de un tercero, cortó el diálogo; y ambas siguieron andando, lentamente, en silencio, ceñidas las cinturas, tristes, como si las dos se sintiesen defraudadas, como si adivinasen la indigencia de su amistad y vislumbraasen, de pronto, un medio más perfecto de unión, vedado para ellas. ¡Oh, espejismo maravilloso! Imaginaban el amor franco como la amistad; no pensaban que era su semejanza lo que las reunía. Pero ¿y si el voto de la menor se hubiese cumplido, si alguna de ellas hubiese podido arrebatarse al amor su dardo glorioso y hubieran ido en la tarde, así, juntas, en aquel perfecto abandono, fundiendo sus trenzas y sus palabras?

primera vez que yo entré en el estudio llamada por un discípulo y me encontré con una muchacha joven completamente desnuda, tendida cerca de la estufa sobre un diván forrado de terciopelo rojo, no pude contener un grito de sorpresa y espanto; pero él se volvió hacia mí con tan agresiva expresión y los tres discípulos que había me envolvieron en tales miradas de reproche, que bajé la cabeza, salí aceleradamente y así contuve la regañina que merecía por mi ignorancia. En mi burricie no me explicaba que una mujer tuviese tanta sangre fría para quedarse totalmente en cueros delante de cuatro tíos y menos aún que éstos permaneciesen silenciosos y serenos reproduciendo aquellos senos perfectos, aquellas caderas magníficas y otros apetitosos encantos también irreprochables. Sin embargo, la realidad probaba suficientemente que una modelo era cosa intangible y que bajo la montera de cristales de un estudio de pintor se puede desnudar una mujer con fines económicos, sin peligro para su integridad, y acabé familiarizándome con lo que el día que lo descubrí me pareció insólito.

Por cierto que jamás me he de olvidar de otra mañana en que me llamaron con urgencia para traer un frasco de aguarrás. El modelo que por aquellos días copiaban los discípulos del señor, era un gitano más negro que un demonio que se mostraba en cueros; pero ocultando en una bolsa de hule lo que por lo visto, a juicio de los presentes, debía resguardarse de posibles miradas indiscretas. Pues bien: entrar yo y erguirse la bolsita del *cañi* fué simultáneo. El gitano azarado, al querer sofocar aquella insubordinación, dejó caer la bolsa de hule y fué entonces cuando yo también dejé caer al suelo el frasco del aguarrás y salí huyendo como alma que lleva el diablo, presa de un pánico horroroso viéndome amenazada por algo que únicamente en latín podría describirse.

Por las tardes nunca había modelos desnudos debido a la variada concurrencia que amenizaba el estudio, y alrededor de las cinco irrumpía la señora con alguna amiga, y Carlitos, que de regreso del colegio entraba a dar un beso a sus padres y a pedir la merienda.

Recuerdo que una tarde el señor nos encomendó a Carlitos y a mí una tarea que concluyó proporcionándome una de las sensaciones más deli-

ciosas de mi vida. Había que descolgar de un rincón del estudio unos cuadros y bocetos para colocar otras cosas y el pintor dispuso que Carlitos, provisto de un martillo y unas tenazas subiera sobre una mesita para arrancar los clavos y escarpías, encargándome yo de sujetar la mesa y coger al chiquillo por las piernas en evitación de una posible caída.

En el estudio, que era un salón realmente espacioso, había unas siete u ocho personas; entre ellas los padres de Carlitos, y nosotros nos entregamos a nuestra labor separados de los presentes por un cuadro de grandes dimensiones. A mí no podían verme porque me tapaba el cuadro; pero al chico, subido en la mesita, se le veían el busto y los brazos levantados en alto manejando el martillo y las tenazas cuidadosamente para no causar desperfectos en la pared. Yo oía perfectamente la conversación de los presentes, los sentía a varios metros de mí y comprendía que en cualquier momento podían acercarse a nuestro rincón para presenciar nuestra tarea y repentinamente me asaltó la irresistible tentación de acariciar las pantorrillas de Carlitos, ascender hasta las rodillas e introducir una mano por debajo de su pantalón corto y seguir por los muslos arriba. Fué un deseo inexplicable porque aquel monigote no me había inspirado el menor interés carnal en todo el tiempo que llevaba en la casa; pero lo cierto es que aquel

día, espoleada por el atractivo del peligro, consciente del peligro que podría sobrevenir si el chiquillo cometía una imprudencia protestando por mi inesperado atrevimiento al meterme donde no me llamaban, segura de que cualquiera de los presentes podría sorprender mi perversa audacia, dejé a mi instinto en libertad y mi mano siguió subiendo hasta detenerse donde le pareció discreto.

Carlitos, que había aguantado en silencio aquella ingerencia y que proseguía desclavando escarpías lentamente, ni siquiera hizo la más leve demostración de asombro, desagrado, ni pavor. Con su rostro abobado y grave continuó su misión, exteriorizando una complacencia que no daba lugar a dudas.

De repente, la madre, intrigada por la exagerada lentitud con que el chiquillo realizaba su trabajo, recorrió a Carlitos:

—Pero, hijito, por Dios... Como no vayas un poco más ligero, no vas a acabar nunca.

—Mamaíta, es que tengo miedo de estropear la pared.—respondió Carlitos con voz entrecortada.

—No atosigues al niño, mujer; si no hay porqué ir de prisa—exclamó el padre.

Y luego, tras una corta pausa, añadió dirigiéndose a mí:

—Menegilda, agárrale bien no se vaya a caer.

—No se preocupe el señor—contesté yo desde mi escondite.—Le tengo muy bien cogido.

Así hubiéramos querido estar Carlos y yo toda la tarde saboreando aquella exquisita perversidad que hacía agitarse a mi mano y estremecerse al chiquillo; pero la satisfacción de éste llegó a tal límite que en su desfallecimiento dejó caer el martillo y a poco más me abre la cabeza.

Habíamos concluido brillantemente y al ayudar al monigote a descender de la mesita, cambiamos un beso que fué todo un poema de admiración y de agradecimiento.

Después de aquella memorable tarde, ni Carlitos ni yo volvimos a complicarnos en ninguna picardía. El, cuando se cruzaba conmigo por los pasillos, me contemplaba grave y resignado, sin atreverse a suplicar con la mirada una repetición de aquella perversidad que habíamos perpetrado en público, y ni siquiera me dirigió una sola palabra referente al caso.

Alvaro Retana



---Con este aircito se me van a poner el pelo y la falda más revueltos que cuando vengo de pasear por la noche con mi novio.

Dibujo de DIEZ.

Muy adelantadas van las devotas ansias del galán don Lope al aquel de apartarse del bullicio del mundo y retirarse a Dios siendo ministro de su iglesia.

Ya está ordenado de Epístola, no tardará mucho en ordenarse de Evangelio, pues que tiene a monseñor el Nuncio de su parte. El último grado vendrá presto y piensa que para el Corpus podrá cantar la primera misa en un oratorio de la calle de Francos.

En tanto que llega el trance final que de caballero de capa y espada le trueque en sacerdote, el Fénix no deja de ser hombre.

Aposéntase en casa de la señora Gerarda. Por este nombrecillo de ama de gobierno, pocos habrá que la reconozcan, siendo como es, conocida de muchos.

¿Habrá quien no haga buena y deleitosa memoria de Jerónima de Burgos, lindísima representante en los más famosos corrales de comedias castellanas, tan franca con su conciencia, tan devota con sus gustos, tan honesta... con los pobres y tan poco apretada con los ricos?

Está hermosa por todo extremo y no parece sino que, como el vino, tiene licencia para estar más apetecible cuantos más años transcurren. Ríese de Lope y dispárale a cada paso aquello de *el diablo harto de carne*...

Acá, en Toledo, asentó con un maridillo hecho a la medida, y como todo se lo pasa, y él goza de libertad completa, dale tan poco cuidado de su merced como de las aguas del Tajo.

Jerónima, que tópose de nuevo con Lope que tanto hizo por ella en otro tiempo, y a quien ella, o por buen mozo o por amparador quiso unas libras más que a otros, está como muchacha con zapatos de primera puesta.

Cierto martelillo que achacábanle con un canónigo y tal cual hora perdida a punta de noche sobre la yaciga de un escribano halos dada plumada desque Lope asienta en Toledo. ¡Válgala Dios por *Dama boba* y cuan bien los engaña a todos!

Mucho anduvo royéndola los zancajos el duque de Lessa, pero nada logró, que cuando ellas no quieren, la más *Mesalina* puede darle a Lucrecia liciones de virtud...

Aunque su merced, que tan tardío camina para reverencia, diga y jure al duque su protector, que mientras llega el día en que pueda llamarse su capellán, el que hacer que lleva no es otro que ir desde la casa al seminario y desde el seminario al palacio arzobispal, no se le ha de creer, porque miente como un bellaco.

No hay para él más amistad ni hora más bien empleada, que la señora Gerarda, y el tiempo que gasta en tenerla tan junta como a un escapulario.

Suele decirle ella durante estos coloquios con licencia del marido:

---Dime tú, Lopillo: ¿a qué viene esta comezón de cantar misa, si tú sabes muy bien que no vales para el caso? Escribeme otra comedia como la de aquella divina *boba*, y vuelvo a las tablas, y tú tras mí, como entonces. ¡Valladolid! ¡Medina del Campo! ¡Segovia! ¿Te acuerdas?

Y Lope, mirándola socarronamente, responde:

---,Demonio, no me tientes! Deja que suba mi calvario. Cristo me espera con los brazos abiertos.

Y besa una cruz de oro que Gerarda lleva puesta sobre el abultado seno.

Diego San José



---Vamos, niña, no le des más galletas a mi perrita, que me la estás poniendo muy gorda...

Dibujo de LINAJE.

¿LO QUE ES LA CURIOSIDAD!

I

Pues, señor, estas eran dos hijas que tenían un padre. (Por lo menos ellas creían no tener más que uno.)

Atendía por Perfecto Remilguez y era el *potro-típico* (según su portera) de los hombres pacatos, meticulosos y moralistas. Si hubiese visto en su despacho un número de FLIRT, se hubiera desmayado seguramente.

A tal extremo llegaba su meticulosidad que no hace mucho tiempo retorció el pescuezo a una cotorra porque había aprendido de un vecino a decir «¡carape!»

No llevaba a sus hijas a la iglesia de San Sebastián, para que no vieran al Santo mártir en cueros vivos.

En fin, dió a luz en Badajoz una sobrina carnal confccionadora de sombreros, y dijo don Perfecto a sus hijas (aunque pasan de los quince años) que a casa de la tal sobrina había llegado de París un niño metido en una *sombrerera*; con lo cual no mentía el buen señor... y se quedaba tranquilo.

Por su parte las niñas, llamadas Casta y Pura, que no habían conocido otro ambiente que el de su hogar místico, tanto por su todavía tierna edad como por los rigores de don Perfecto, se complacían en obedecer las indicaciones *paternas*, y aunque su interior a veces intentaba rebelarse contra ellas, eran aparentemente la sumisión personificada y la inocencia hecha carne.

¡Pero qué carne, lector!... Casta era más gruesa que Pura, y, tanto la una como la otra, salvo la diferencia de kilos, eran dos ejemplares de la raza humana cuya sola descripción al detalle pondría de punta los pelos a una calavera medioeval.

Mas, como para los efectos de este verídico relato no es indispensable conocer los centímetros de pantorrilla que Natura pródiga quiso conceder a cada una de las hijas de Remilguez, ni nos importa que los labios superiores de Casta y de Pura estén más o menos encendidos, bástele saber al lector que ambas criaturas podrían figurar con éxito linsojro en un concurso de belleza y que tienen tan buen fondo como buena forma, gracias a la amabilidad del Sumo Hacedor.

En lo que el demontre metió la cabría pata fué en la elección, un poco torpe, que hizo don Perfecto a favor de una tal Victoria Molinete, para doncella de las niñas.

El caso es que no dejaba de inquietar al bueno de Remilguez el tipo de la doméstica, aunque la recibió con agrado, por ser hija de un servidor (no mía, sino de un servidor o antiguo criado de la casa) que se la endosó a su amo para que éste se la quitase al padre de encima y se la colocase donde pudiera.

Don Perfecto, después de proporcionar a la moza una casa, de la cual pasó a otra, tuvo más tarde la bondad de

acogerla en su propio domicilio, y al servicio de las niñas quedó la pobrecilla, no sin sufrir las tiránicas imperatinencias del escrupuloso viejo, que no la dejaba vivir, recomendándola constantemente que no mirase a los hombres, que renunciase a las patillas, que se bajase la falda, que rezase el rosario y que procurase no abusar del agua para lavarse, pues, a su juicio, extremaba el aseo personal de un modo sospechoso.

Como Victoria era poco mayor que Casta y Pura y por su tipo y sus maneras parecía más bien una señorita que una sirvienta, llegó a simpatizar de tal suerte con sus amas, que se hizo amiga y confidente de ellas, quienes, a hurtadillas del padre, depositaron toda su confianza en la doncella, deleitándose tanto las niñas en aprender las picardías que les enseñaba la viva y experta Victoria, que, contra viento y marea de los rigores paternales, llegaron las niñas en poco tiempo a saber más cosas del mundo y sus placeres que una cocota jubilada.

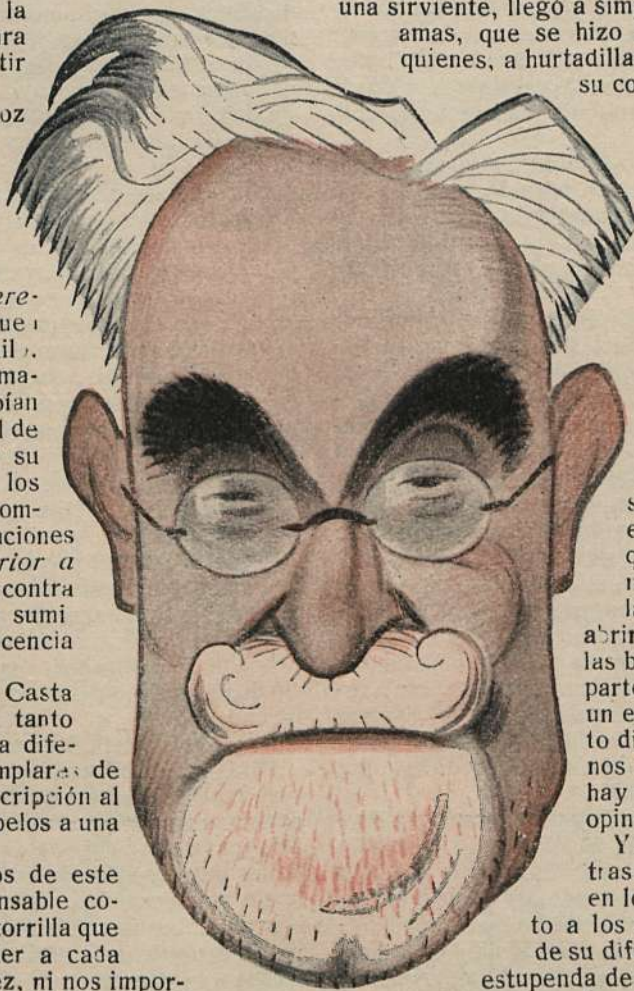
Tal vez para ello influyera en el ánimo de Victoria, aparte de su predisposición a las alegrías sensuales, la circunstancia de haber estado sirviendo una corta temporada en casa de la *Bella Tomatina*, que era una *danzeuse* de prórístico reservado. Ello es que la doncellita se recreaba en abrir los ojos a sus amas, dejándolas bizcas de paso; y ellas, por su parte, realizaban el aprendizaje con un entusiasmo y un aprovechamiento dignos de premio, aunque no dignos de mejor causa puesto que no hay causa mejor, según autorizadas opiniones.

Y así pasaban los días; y mientras el bendito don Perfecto vivía en lo más alto de la higuera respecto a los *candorosos* frutos del vientre de su difunta, estos frutos, con la más estupenda de las hipocresías, avanzaban en la suma de sus conocimientos mundanos y, lo que es más grave, en la intensidad de sus pecaminosos deseos, cosa que en los tiempos actuales ocurre con muchas niñas *bien*, a quienes tengo el gusto de tratar, aunque sólo por encima.

II

Yo no sé de quién fué la idea, si del señor alcalde de la capital o del sordo municipal (vulgo teniente de alcalde) del distrito; el caso es que precisamente frente a la casa que ocupaba don Perfecto comenzaron varios obreros del Ayuntamiento a levantar las losas del piso y a socavarlo con inusitado afán.

Esta operación podía observarse perfectamente desde los balcones del domicilio de Remilguez, situado en el piso entresuelo de la finca, y en particular desde el mirador que correspondía al elegante gabinete de Casta y de



Pura, quienes, en unión de la doncella, se entretenían algunos ratos en observar cómo adelantaban las aludidas obras, que, si en un principio ignorábase a qué objeto podrían obedecer, no tardó en saberse que iban encaminadas a la instalación de un alto, férreo y agujereado artefacto de indudable necesidad para el vecindario masculino de la barriada.

En efecto, una vez preparado el terreno para llevar a cabo la instalación, condujeron allí en un carro la ferruginosa garita de tres departamentos aludida anteriormente, pintada de gris y con preciosos calados de gusto genuinamente municipal.

Poco tardaron los obreros en dejar concluida su tarea, y aunque en la inauguración oficial del monumento no hubieron de intervenir (como en otros de menos importancia) ni el gobernador, ni la excelente banda municipal, ni los miembros del Concejo, sino solamente uno de ellos, modesto guardia urbano, que tuvo a bien estrenar con la solemnidad propia del caso el flamante recipiente, éste quedó abierto al público sin más ceremonia, y desde el primer momento se vió favorecido por lo más selecto de la sociedad cortesana.

Mal gesto puso don Perfecto Remilguez a la malaventurada mejora del barrio, y no con falta de motivo vivió días y días hondamente preocupado por la proximidad del gran receptáculo férreo a su domicilio, considerándolo un tremendo estorbo, una importuna obra y, sobre todo, un atentado a la moral.

No tenía el pobre señor más remedio que optar por que sus immaculadas hijas renunciasen a su favorito entretenimiento de asomarse al mirador o tolerar que desde sus vidrieras clarísimas observasen el jubileo de caballeros que se aproximaban a despachar sus perentorios asuntos en la triple garita.

Porque es lo que él decía, dándole vueltas a la cuestión:---Así como hay hombres cautos y de una educación esmerada, que adoptan todo género de precauciones antes y después «de recobrar su tranquilidad perdida» y que se alejan del lugar del suceso sin haber causado el sonrojo de las damas transeúntes, hay otros que no parece sino que se complacen en realizar más o menos recatadas manifestaciones... Mis pobres hijas, ávidas de salud corporal y de ventilación para la vivienda, ¿van a renunciar a su hasta hoy inocente pasatiempo de asomar la narices a la calle? ¿Vamos a lanzarnos a buscar un piso de mejores vistas que este, dadas la dificultades que hoy se ofrecen para encontrarlo?...

Aquel desagradable espectáculo gratuito no se suspendía jamás, y la desesperación de don Perfecto rebasaba los límites naturales, pues no tropezaba con la solución del problema, mucho más, advirtiendo con el alma horrorizada, que cada día era mayor el tiempo dedicado al mirador por Casta y Pura y era más vivo el afán con que, animadas por la doncella, solían acudir al impertinente observatorio.

III

Había que tomar una determinación rápida y enérgica. Pura y Casta, sin moverse de su hogar y sin darse cuenta de ello, iban las pobrecitas haciendo poco honor a sus lindos nombres, y aquella situación, dado el carácter de Remilguez, iba minándole la existencia de un modo serio.

Cuando el conflicto había colocado a nuestro hombre en el umbral de la locura, un vecino compasivo, preocupado porque su señora también había dado en la flor de asomarse a tomar el fresco, le propuso un medio de salir de atolladero sin violencias familiares.

¿Qué medio? Uno muy sencillo. Valiéndose de las importantes amistades que uno y otro podían utilizar al efecto, hacer cuantas gestiones fueran necesarias para

que el Ayuntamiento acordase la traslación del recipiente gris a otro punto del barrio.

Claro es que, recién instalado como estaba, no era fácil conseguir que lo desbaratasen sin más ni más por la conveniencia particular de un par de vecinos meticulosos y asustadizos. Pero ¿de qué le servían a don Perfecto sus buenas relaciones, y hasta su parentesco también con altísimos personajes que pudieran dar al traste con la paolera ocurrencia de los inoportunos municipales?

Puso manos a la obra con todo el empeño que es de su poner, y después de haber visitado a diputados, y haber molestado a senadores y haber empachado al alcalde; tras de revolver, en fin, el municipio en masa, logró Remilguez, (no inmediatamente, pero sí trascurrido algún tiempo) que fuesen los operarios a deshacer su obra, procediendo a quitar de enfrente de la casa de don Perfecto el férreo aparato; bien entendido que no para que en absoluto desapareciese ese de la barriada, pues eso hubiera sido demasiado pretender, sino para trasladarlo a la misma calle trescientos metros más allá, en un punto tan lejano de dicha casa que no alcanzase a ser visto por las personas que se asomasen a los mencionados balcones, aunque fuesen lince.

Unos veinte días tardaron los obreros en desmontar el artefacto de hierro y volver a montarlo a la distancia deseada por don Perfecto.

¡La moral estaba salvada! La conciencia de Remilguez (descargada como pistola que acaba de actuar o como lengua que el casquero simplificó) permitió que el bienaventurado señor durmiera tranquilo, recobrarse las ganas de comer y mirase a sus hijas sin el recelo y la inquietud de que había sido causa el maldito armatoste de enfrente.

El ya lejano monumento de las tres garitas (caladas en todos sentidos) estaba más favorecido cada día por clientes de todas las clases sociales, en su mayoría incautos y desaprensivos. Y las niñas continuaban asomándose al mirador; más ya... ¿qué importaba?

Aquel frontero espectáculo al aire libre había cesado.

Todo había vuelto a la apetecida normalidad.

Pero ¡cuán deleznable y efímera es la dicha humana!

A lo mejor (a lo peor más bien) un detalle nimio, un descuido inexplicable, algo en fin sobre lo que no se reflexionó, echó por tierra el más sólido castillo de la felicidad.

(¡Qué frase esta del castillo! ¿eh?...)

No habían trascurrido tres semanas de sosiego espiritual para Remilguez, cuando un infausto día, encontrándose a la sazón sus dos hijas ausentes de casa, ocurriósele (cosa que jamás había hecho) penetrar en el *buodoir* de las niñas y salir al mirador... ¡Y cual no sería su sorpresa y su emoción, verdaderamente trágica, al descubrir allí sobre una silla y mal ocultos por un precioso cojín, los magníficos gemelos prismáticos que él usaba cuando iba a los toros.

---¡Victoria!... ¡Victoria!...---gritó don Perfecto, llamando a la doncella, mientras el corazón le latía con golpes de motocicleta loca.

---¿Qué manda el señor?---dijo asustada la muchacha.

---¿Quién usa y con qué fin estos gemelos en el mirador?---preguntó Remilguez todo convulso.

Victoria, sin darse cuenta del descuido, pero sí de la situación, intentó balbucear unas palabras; mas la fué imposible. Se puso colorada como un tomate; bajó sus ojos garzos (no tenía otros) y se retiró por la derecha, mientras don Perfecto, comprendiéndolo todo, lanzaba los mejores rugidos de su repertorio...

¿Sabes, lector, de algún piso (interior, naturalmente) para esta desventurada familia?...

Juan Pérez Zúñiga

(Continuación.)

Ante él, reclinada en el sofá y en una postura de odalisca perezosa, que está esperando que la se halla la capitana rubia y espléndida.

El traslado del marido es ya seguro.

Durante quince días el coronel Lanzarote anduvo como loco, buscando por todo el barrio de Salamanca un pisito pequeño, pero cómodo, en el que refugiar sus amores con la mujer rubia.

El marido de ésta había sido trasladado a Madrid la semana anterior gracias a la poderosa voluntad del general Ballesta, a quien Lanzarote había logrado interesar en el asunto. Para dar a la cosa un cariz completamente serio, Lanzarote procuró que el del marido de su amante, del que se hizo amigo desde el primer momento, ingresase como vocal tercero en la junta de la «Asociación para la represión de las expansiones en los cines.»

Y ¡claro! como ocurre casi siempre en la vida, aquella gratitud de la muy de la mujer del vocal se convirtió en algo permanente, y la capitana vino a ser la amante de Lanzarote, acaso por la fuerza de la inercia.

Se veían a diario, pero desde el primer momento, Angustias —que así se llamaba la adúltera—, mostró una invencible repugnancia a que las entrevistas se verificasen en el piso de la calle de Goya.

—Mira, hijo—le decía a su amigo—, yo soy muy pero me gusta guardar las formas. Y, francamente, quien me vea entrar en tu casa todas las tardes a la misma hora no va a creer que vengo a hacer croquetas, o a cualquier otro entretenimiento inocente.

Resultaba además que en la propia casa, y en uno de los pisos terceros vivía una antigua compañera suya de colegio, también más que las gallinas, pero por lo mismo, sumamente temible.

Y esa fué la causa de que, durante quince días, el coronel Pedro Lanzarote, ayudante de órdenes de anduviese como loco buscando un pisito, pequeño, pero coquetón, por todo el barrio de Salamanca.

Era la época mala, el período álgido de la crisis de los alquileres en Madrid, que ahora parece que empieza a arreglarse un poco, gracias a los discursos pronunciados en el Senado y en el Congreso, por nuestros eminentes legisladores. —Ja, jay, ¡qué risa!

Más de una vez, en sus correrías incesantes desde la Castellana al Paseo de Ronda, y desde Alcalá a los altos del Hipódromo, Lanzarote llegó a francamente en la madre de su querida no por otra cosa que por haber echado al mundo una hija tan

caprichuda, pero lleno de paciencia seguía buscando, como quien se somete al imperio de una maldición.

Y, por fin, como no deja de ser verdad que en este mundo el que busca encuentra aunque se trate de encontrar algo muy absurdo, Lanzarote halló lo que buscaba. Fué allí, por los finales de la calle de Don Ramón de la Cruz, y muy cerca de un sanatorio muy famoso: era un piso tercero, con ascensor, cuarto de baño, seis habitaciones y vistas a un solar y al infinito, pues con unos buenos gemelos de campaña—y Lanzarote los tenía estupendos—, podía verse en día claro hasta los balcones de una casa de que había a la entrada del pueblo de Vicálvaro.

A Lanzarote, cuando vió el cuarto, lo que más le gustó fué la alcoba. ¡Lo bien que se allí amueblándola con cierta malicia!

Cuando comunicó el hallazgo a Angustias, ésta dió un salto de júbilo y se le echó al cuello, donde le hizo con los labios un soberano tan majestuoso, que al día siguiente casi no podía abrocharse, sin hacerse daño, el cuello de la camisa.

—¡Qué felices vamos a ser allí, amor mío!—dijole ella, cuando, libre la boca, pudo ya hablar.

—Mucho, pero ..

—¿Pero qué?

—No, nada: que tengo miedo.

—¿A mi marido?

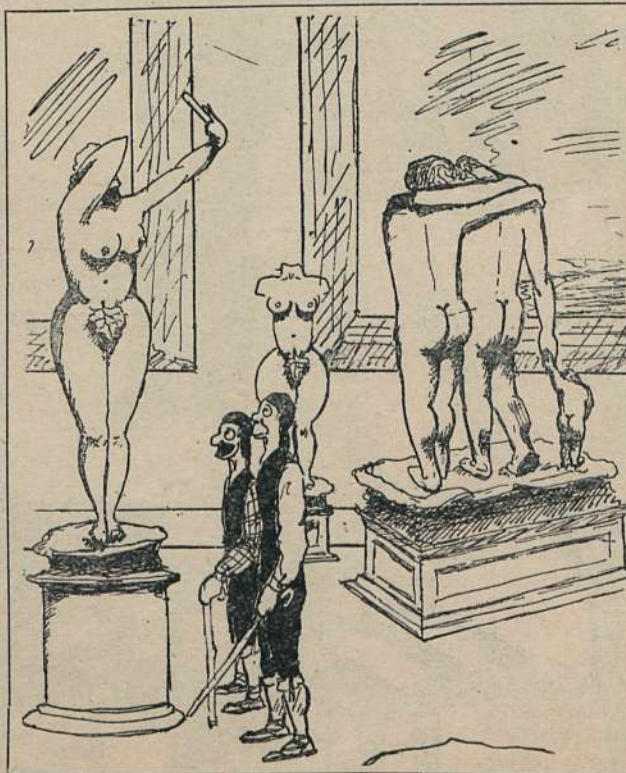
—No, hijita. Mi miedo es a que a tí un día se te caliente el y me metas allí otro hombre, aprovechando mi ausencia.

La contestación a aquella indirecta delicada fué un bofetón que a Lanzarote hizo ver las estrellas de su bocamanga a pesar de encontrarse en pijama.

Desde el día siguiente, el héroe de cien combates empezó a amueblar su pisito de vi-do—no hay que olvidar que Lanzarote lo era desde hacía cinco años—, con un buen gusto y una fineza de detalles que hubiera alicado a la propia Pompadour. En lo que puso más cuidado fué en la elección del lecho: era tanto lo que él pensaba allí encima, que necesitaba una cosa muelle y voluptuosa a un tiempo, y, tras de indagar mucho por las tiendas de muebles, adquirió la propiedad de una soberbia cama turca, que, aparte otras buenas cualidades, ofrecía la muy apreciable de tener instalado en su centro un timbre eléctrico que avisaba con estridencia cuándo el mueble, llevado ya al límite de su resistencia, iba a romperse en dos mitades.

¡Nadie puede imaginar la ilusión con que vió entrar en el piso aquel aparato de el ilustre militar!

Joaquín Belda
(Continuará.)



EN EL MUSEO

--Ridiez, maño, y qué gustico dará ver esto en otoño.

Dibujo de L. GARCÍA.

EL FLIRT MADRILEÑO



En la Castellana



En la calle de la Comadre.



En Fornos Palace



En Santa Brigida.



En Cuatro Caminos.



TITO